

Debo sobrevivir mintiéndome...

Any Magdalena

Travesti, any.magdalena.t@gmail.com

El niño mariconcito que anoche lloraba rogándole a un Dios sordo que lo curara; que al abrir los ojos al otro día se hubieran borrado todos los rastros de esa feminidad que le rebosa por todos los poros; que su voz se hubiera hecho grave; y que Tomás, el hijo del vecino, ahora le resultara repugnante, llora una vez más mientras se baña porque como todos los días sus plegarias no fueron escuchadas y de nuevo deberá enfrentar el largo camino de ojos que lo acechan en su recorrido hacia el colegio, que resulta no ser otra cosa que un centro de tortura, en el que su único refugio es el silencio. Ante la imposibilidad de hacerse invisible o la ausencia de valentía o de conocimiento para tomar decisiones más contundentes, el niño mariconcito decide mentirse y mentir, acoplarse a lo que tanto se le demanda, engrosa su voz, aunque el esfuerzo devenga en una terrible carraspera; desdeña los cuadernos con las Spice Girls en la portada; y rechaza la compañía de las niñas a la hora del recreo. La mentira es relativa y temporalmente insostenible, su actuación flaquea ante la sonrisa de Tomás, la posibilidad de un baile coreográfico o la cabellera descolorida de una Barbie que en silencio le implora que le haga unas trenzas. La mentira se hace extrema e insoportable cuando debe jugar un partido de fútbol, hacer comentarios sobre la belleza de una chica o, incluso, besarse con alguna de ellas en medio de algún juego lascivo entre adolescentes. Y aunque, más o menos, la mentira se hace creíble, de cuando en vez le toca soportar que alguien le grite mariquita o le clave una mirada que dice con todas las letras: sé que ocultas algo.

Las noches se hacen más sencillas y menos dolorosas, ya no le habla a ese Dios, para nada bondadoso, que por siempre lo ha ignorado, porque ante la ausencia del milagro, el mariconcito, ahora, cada noche repasa los sucesos del día y los vuelve a vivir en su imaginación, pero con un giro dramático: repasa una a una sus acciones y sueña múltiples desenlaces para cada situación, pero

como si las viviera como niña, en esa ensoñación el vecino le gritó a ella también que estaba linda, así como a sus amigas; pudo jugar voleibol en vez de fútbol; fue escogida para el grupo de porristas; y en un corredor largo y solitario Tomás le robó su primer beso. Ese cruce de vidas, de realidades, de mentiras, le permite sobrellevar la amargura de la vida no vivida, del cabello largo que no ha podido dejar crecer, de las uñas rojas que no se ha podido pintar, de la falda demasiado corta que no se ha podido medir, del nombre, su propio, que no aparece en la lista de asistencia, de todos los “ella” que no han sido utilizados para referirse a ella. De pronto un día el mariconcito se hastía de la mescolanza entre él y ella, la imaginación se le desborda y se le hace cuerpo y empieza a ser más auténtica, como dicen en una película de Almodóvar, porque cada día se va pareciendo más a lo que siempre soñó de sí misma. O de pronto no, de pronto el mariconcito no se atreve a tanto y vive toda su vida atrapado en la mentira de la vida corporal y el alivio de la vida que vive a la hora de dormir.

Todas, quienes hemos vivido la vida del mariconcito, hemos aprendido que esconder, engañar, simular, mentir son meramente estrategias de supervivencia, y que al fin de cuentas, amparadas en la filosofía, no miente quien no dice la verdad, sino quien dice aquello que no cree que sea verdad, y nosotras estamos convencidas de cada anécdota, de cada palabra que usamos para empatizar, impresionar o intimidar; estamos convencidas de que las travestis otrora se guardaban una cuchilla menor en el paladar para defenderse cuando tocaba, y que, incluso, una murió al tragarse la cuchilla y que esta le desgarrara, desde adentro, el pescuezo, algunas, incluso, presenciamos el hecho, el charco de sangre fue impresionante; estamos convencidas de que todos los hombres mueren por nosotras, hasta el que parece más inalcanzable ya posó con una de nosotras, un ex presidente, el gerente de un banco, un

cantante, el protagonista de la novela, un señor fiscal y uno que otro miembro de la iglesia se han escabullido por Lovaina, La Perla y San Diego, alguno de ellos incluso nos juró que no tenía experiencia con travestis, ellos también mienten; hemos ido a Europa a putiar porque allá los gringos pagan muy bien, nos devolvimos con mucha plata y no somos ricas porque toda la gastamos en fiesta, y en las tetas y el culo porque el de nosotras no es de aceite, ¡que miedo esos baldados!; tuvimos un marido mafioso al que mataron antes de que pusiera una casa a nuestro nombre; hemos ganado reinados por nuestra innegable belleza y nunca hemos sido discriminadas, porque no se nos nota.

Cada una de nuestras vidas es un entretejido de verdades y mentiras, cuyos límites no se pueden diferenciar fácilmente, quedan borrosos los márgenes entre lo que sucedió y lo que recordamos de lo que sucedió, lo que nos contaron o lo que imaginamos que nos contaron, lo que somos y lo que soñamos que somos. Ese entretejido de fantasías, porque la realidad no termina siendo más que otro espejismo creado artificialmente por una sucesión de acciones, decisiones, omisiones, silencios y gritos es lo que conocemos por vida, una narrativa propia en la que cada quien escoge a conveniencia los diálogos, los personajes y las locaciones de su propia película en la que somos junto a las demás personas, meramente espectadores de una ficción subjetiva, por lo que tal vez no sea necesario diferenciar entre la mentira y la no mentira, al fin y al cabo, esta solo tiene valor o antivalor por el peso moral de la sociedad, la misma moral que condenó a la amargura al niño mariconcito que fuimos y que nos empuja a las travestis que somos a los lugares liminales de la presencia y la ausencia, del ser y el resistir, del aparecer y el ir desapareciendo frente a la mirada del deseo, farisea y asimiladora, o el desprecio y la invisibilidad, una suerte de trashumancia humana y forzada.

En medio de la ciudad lúbrica, con pelo acrílico, cuero y tacón, y maquillaje hasta en el corazón, como bien lo dijo Mónica Naranjo, debemos sobrevivir mintiéndonos, en primera persona y luego en las demás conjugaciones existentes y por existir. Sobrevivir entonces es sinónimo de sobre-escribir, sobre-escribir nuestras verdades, sobre vivir, vivir una y otra vez, repudiar nuestra fragilidad, repudiar nuestra dureza, re imaginar nuestro pasado, y nuestro día a día, hacer de cada

recuerdo, uno que nos haga felices y que no nos siga remordiendo por dentro, como un cáncer que lo consume todo, como una sociedad podrida que en su afán de verdad nos prefiere muertas que dueñas de nuestras mentiras. El dolor no se ausenta por más que pasa el tiempo, otra mentira del Dios parcializado, el paso de los años no lo cura todo, porque, así como nuestras vidas el tiempo es también una gran ficción, otra mentira más, y ante la cicatriz que aún duele y hace arder nuestra sangre, nuestra venganza es la mentira, nuestra venganza es fugarnos de lo que la moral llama realidad, verdad y naturaleza, nuestra venganza es no ser lo que se espera de nosotras, es ser peores. Nuestras vidas no caben en sus cánones de lo verdadero, nuestra verdad no se escribe con su alfabeto retrógrado y limitado, la venganza del niño mariconcito, la venganza de la travesti fantasiosa es habitar una verdad fugada, una habitación propia, un apartamento en Urano, una mentira tan verdadera que nos resguarda de tanta mentira escrita, dicha y dictaminada sobre nuestros cuerpos, sobre nuestras formas de ser, sobre nuestro paso apabullante por esta tierra que de tantas “verdades” ha dejado de moverse y removerse, esta tierra muerta e infértil. ■